

¿Qué mejor laboratorio para el Apocalipsis que la ciudad de México? Fuerzas oscuras la habitan, la asedian, la circulan; desde los efluvios casi sólidos que ensombrecen sus alturas hasta los millones de ratas que le recorren el subsuelo. Adrián Ustoria trata de mantenerse apartado entre las paredes del instituto donde trabaja como científico, pero el nuevo cauce que toman sus experimentos enlazarán su investigación con los extraños acontecimientos que ocurren a su alrededor y al desquiciamiento general de la ciudad. Después de los tres días durante los cuales se desarrolla la trama, surgen al final dos interrogantes: quién y con qué objetivo cuenta esta historia a un lector que se verá involucrado en ella desde las primeras páginas, de manera cada vez más irrevocable.

Gonzalo Soltero presenta una primera novela inteligente y vigorosa, donde el suspenso y el humor se mezclan en una ficción que se antoja inminente, y que logra mantener al lector atento gracias a una estructura aparentemente sencilla, pero siempre efectiva.

Eduardo Antonio Parra ha señalado: "Gonzalo Soltero es un narrador que irrumpe violentamente en el ámbito de nuestra narrativa con una novela que está escrita para dejar huella en sus lectores... *Sus ojos son fuego*, por su temática, pero sobre todo por su ejecución, toca varios géneros narrativos, rebasándolos, para situarse por encima de ellos en una búsqueda literaria que refleja la vida y los peligros a que está sometido el ser humano en las grandes urbes".

www.fondodeculturaeconomica.com



9 789681 682668

GONZALO SOLTERO

Sus ojos son fuego

CFE



GONZALO SOLTERO



Sus ojos son fuego



LETRAS MEXICANAS

SUS OJOS SON FUEGO

Gonzalo Soltero

D. R. - © Gonzalo Soltero

*

Tal vez no se haya dado cuenta, pero está a punto de incendiarse. La combustión ha comenzado. La ciudad será pasto de las llamas.

Yo tengo que ver. Como siempre en estos casos, tengo que ver. Pero no soy el único.

El fuego comenzó a propagarse en silencio, sin que casi nadie lo notara.

PREPAREN

12 de septiembre

La dosis le fue inoculada primero a Vicenta, un espécimen de tamaño mediano. Físicamente sólo se hizo notoria en los ojos, hinchados y ligeramente enrojecidos. En lugar de esperar dócil en una esquina se dirigió a Simón, un macho 6 kilos mayor, apenas le retiré la máscara inoculadora desde atrás de la malla.

Según los patrones de conducta registrados desde el comienzo, raramente se buscaban la mirada antes del encuentro sexual. Si sus ojos se topaban la hembra terminaba por bajar la vista en señal de sumisión. Esta vez Vicenta le sostuvo la mirada al macho. Con dos pasos cortos se acercó para encarar a Simón, quien empezó a manifestar una conducta paralela.

Me aproximé a la jaula de cuatro por dos metros procurando espiarlos por el espejo de aluminio pulido para no inhibirlos. Muy pronto el erizamiento del pelo marrón y el hecho de que sus intenciones eran otras distintas a las de la cópula, se hicieron evidentes.

Por primera vez registro una agresividad tan frontal. Me parece que esta vez los resultados traerán algo nuevo. No puedo evitar sonreír.

El agente externo que introduje por primera vez ha traído resultados muy diferentes a la rutina de celo, consignada con variaciones tan mínimas en esta bitácora hasta ahora, que a veces más que ciencia me parecía estar haciendo planas. Voy a acercarme más.

El estómago de Adrián era sólido. Nueve años despedazando animales para estudiar la vida lo habían hecho inmune a casi cualquier cosa. Casi. Porque esa noche, en cuanto la dosis les alcanzó el sistema nervioso, ese casi quedó muy lejos del laboratorio y el joven doctor Adrián Ustoria, incapaz de cualquier otra reacción, duplicó la escena en sus pupilas.

Después de haber seguido su conducta durante tanto tiempo, registrando cada detalle en la bitácora, no podía entender un cambio de actitud tan radical. El ajuste que había realizado en la investigación un par de horas antes, más por despecho que por rigor científico, no parecía ser proporcional al resultado obtenido. Dudó un segundo, pero no pudo encontrar ninguna otra causa. Se supo cómplice de lo sucedido, sin imaginar hasta qué grado ni de quién.

Tampoco supo cómo llegó a la solución ética entre las decenas de frascos que cubrían la repisa, pues sus ojos seguían encadenados a la jaula. Hizo desaparecer el contenido de un trago. El ardor que se le deslizó al cuerpo alivió la opresión visceral que sentía. Con la manga de su bata se limpió los labios. Percibió el rojo viscoso sobre la tela y estudió las manchas hasta que un halo de luz clara comenzó a rodearlas, resaltando el tono carmesí. Parpadeó por primera vez en un largo rato. Dirigió la vista hacia la jaula, pero una ola ácida le nació en el estómago, resultado tal vez de los doscientos mililitros recién ingeridos, o tal vez de la escena recién

presenciada, que le había dejado la mente en un blanco immaculado ahora ausente en su laboratorio. Seguía pasmado. Algo, sin embargo, lo hizo quitarse los guantes, enjuagarse la cara, sacarse la bata que cayó al suelo como desvanecida, guardar su bitácora, salir del Instituto y meterse a su coche para buscar un poco más de la solución que había regado las ascuas depositadas en sus entrañas.

En una esquina de la cantina La Asturiana los meseros, cansados y con ganas de liquidar el turno, platicaban en la inercia de los últimos minutos. Las mesas soportaban el peso solitario de las sillas, cuyas patas apuntaban a las lámparas marchitas que colgaban del techo.

Pensativo sobre la barra Adrián conseguía, como siempre, que el orden de las cosas a su alrededor no lo tomara demasiado en cuenta. Usaba camisas blancas y bien planchadas que nunca perdían los dobleces, como si las portara un maniquí. En medio del cuello almidonado crecía su propio cuello, rígido como un lápiz. Aunque era prácticamente imberbe se afeitaba a diario con un cuidado quirúrgico que le hacía destacar la manzana de Adán casi tanto como la nariz, afilada y prominente.

Lo más extraño, pensó, fue la manera como se buscaban los ojos. Vacío el ron de su vaso. Un par de hielos tintinearón contra el cristal sin haber tenido tiempo de que se les entibiara la simetría. Abrió su cartera y colocó sobre la barra dos billetes que liquidaban su cuenta y la paciencia del cantinero. No respondió el gesto con que éste lo despidió mientras enjuagaba vasos en la tarja, y salió a la calle de Puebla.

Caminó por la banqueta para llegar a Álvaro Obregón, donde había dejado su coche. El aire del jueves a la primera hora de la madrugada lo

hizo tiritar. La noche se imponía con un silencio intranquilo. A pesar del calor que hacía hasta el atardecer, los últimos días del verano enfriaban notoriamente tan pronto oscurecía. Mientras se cerraba el gabán negro juntando las solapas con una mano, con la otra buscaba sus llaves. Prefería llevarlas listas para meterse a su Tsuru cuanto antes y así poder arrancar en el menor tiempo posible.

Como no las hallaba, se recargó en la puerta del automóvil más cercano para registrarse con calma, pero no tuvo tiempo de encontrarlas. A pesar de que era de noche, todo se puso más oscuro.

Abrió los ojos. Tal vez porque el mismo dolor que lo dejó inconsciente había disminuido como para que su cuerpo lo tolerara despierto. Trató de incorporarse, pero sintió en el cerebro unas garras que le arañaban el fondo del cráneo. Muy despacio, logró sentarse. Un frío afilado se colaba a través de su ropa y se paseaba silencioso sobre su piel erizada. Pasó saliva. Una nueva punzada en el pómulo le hizo notar que veía borroso con el ojo izquierdo. Se llevó la mano a la nuca. El pelo estaba cubierto por una humedad espesa que empezaba a coagularse. Retiró los dedos manchados de un rojo oscuro. Siguió palpándose. La cartera seguía ahí. Su reloj de calculadora estaba a sus pies, destrozado. Salvo por una costilla adolorida parecía que el resto estaba en su lugar. ¿Cuánto tiempo había pasado? No tenía manera de saberlo, sólo el silencio se había hecho más profundo.

¡Mis llaves!, recordó, pero ya no estaban en las bolsas del pantalón. Miró a su alrededor. El coche en el que se había recargado tenía la ventanilla rota. Creyó que habían querido robárselo pensando que era el suyo; empezó a reír, pero el dolor sobre su cabeza lo hizo parar.

Trató de distinguir algo entre los grises opacos de la banqueta y la calle. Por fin distinguió una coladera de la cual, apenas detenidas por la esfera reluciente del llavero, colgaban sus llaves. Gateó hacia ellas y estiró la mano para recogerlas. Cuando sus dedos tocaban los barrotes, notó que algo se movía en el fondo. Retiró la mano de golpe y sus llaves se balancearon, a punto de caer. Se asomó, sin poder ver nada.

Hurgó en su gabán hasta dar con sus pinzas en V. Siempre las llevaba consigo. Además de encontrarlas más útiles que cualquier navaja suiza, le daba cierta seguridad portar un instrumento de laboratorio a todas horas. Tratando de controlar su pulso tembleque, las acercó a la coladera. Erró en el cálculo y su llavero tintineó nuevamente sobre la reja. Adrián sostuvo la mano en el aire, esperando alguna reacción desde abajo. Nada. Volvió a aproximar la mano. Esta vez logró introducir una de las puntas en la anilla espiral y atraerla hacia sí. Agarró el llavero con la mano derecha y lo sostuvo sobre su estómago, recuperándose de un ligero vértigo. Volvió a atisbar por las rendijas de la coladera. No pudo ver nada, pero se sentía, con razón, vigilado: parecía que comenzaba a presentirme.

La cuadra parecía desierta. Hay que salir de aquí, pensó tratando de acercarse a un poste que tenía cerca. Escuchó las llantas de un carro rodar lentamente por una calle aledaña. Esperó unos segundos y no vio nada. La electricidad de un escalofrío que arrancó centímetros abajo de la herida que sentía en la nuca le dio suficiente energía para ponerse de pie, apoyándose en el poste. Caminó hasta donde recordaba haber dejado su Tsuru tan rápido como se lo permitía el dolor de cabeza.

Lo vio al otro lado del camellón arbolado. El chasis azul opaco se delineaba como una sombra bajo el brillo meñique del farol de la esquina. Tuvo cuidado de mirar a todos lados antes de acercarse y cruzó con

rapidez. Desactivó la alarma, metió la llave e hizo saltar el pasador. Entró y mientras con la mano derecha se sujetaba del bastón con la izquierda cerraba la puerta y bajaba el seguro. Volvió a mirar alrededor mientras zafaba la barra metálica que inmovilizaba el volante. Enfiló hacia Insurgentes. Un aire cochambroso y frío se filtraba por la ventanilla apenas abierta. Por suerte estaba cerca de su casa. La mayoría de los semáforos se ensañaban con él titilando en ámbar, indicando una precaución tartamuda y tardía. Otros marcaban alto, pero Adrián no estaba para antesalas. Después de esquivar un bache descomunal se pasó una luz roja que destellaba contra la noche palideciente, apretando a un tiempo el acelerador y el esfínter. Los postes de luz lo alumbraban con su haz verdoso al pasar. Una claridad elástica se encendía levemente en las ventanillas y el parabrisas. Dejó atrás la colonia Roma, cruzó la Condesa y entró a sus dominios en la Escandón. Un par de minutos más tarde llegó a su casa en Progreso 66, arriba de la miscelánea La Brisa.

Se estacionó y se dispuso a bajar del coche. Antes de abrir la puerta tuvo cuidado de mirar por los espejos para comprobar que no hubiera nadie. Puso los pies en el suelo buscando hacer tierra contra el mareo doloroso que le mecía la cabeza. Se afianzó con las manos en el borde del asiento. Cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo sus párpados se unieron a los cientos de miles que se abrían en ráfagas, como mariposas atontadas cortando el cordón umbilical del sueño para incorporarse a la ciudad con la primera combustión del alba.

Trastabillante como la claridad que lo acompañaba abrió la puerta de su edificio. Las escaleras le parecieron eternas. Entró a su departamento y se

dejó caer sobre el sillón individual de la sala. Antes de tocar el tapiz desgastado un sueño pesado, carente de imágenes, lo reclamó para sus dominios.

El teléfono sonó varias veces. Adrián tuvo la sensación de que no era la primera vez, creía haberlo escuchado entre sueños. Buscó la hora en su muñeca. No encontró sino piel, de un tono más cenizo que de costumbre. El dolor que lo acompañaría el resto de la jornada le arañó nuevamente las sienes, amenazando quebrárselas con una presión que lo devolvió al sueño.

Tardó varios minutos en reconocer la figura que reflejaba el espejo.

—Pareces Quico —le dijo al de enfrente.

Quico respondió acercándose más mientras se llevaba una mano al pómulo izquierdo hinchado y tumefacto. Le sacó la lengua. En la parte inferior una diminuta astilla de carne se desprendía flácida y húmeda. Puso la cara de lado y pudo verla desde otro ángulo. Adrián no recordaba ese golpe, pero al despertar también le dolía la mandíbula. Abrió el espejo y tomó un cortauñas de las repisas que había atrás. Quico colocó las hojas afiladas a unos centímetros de su lengua. Aproximó poco a poco el cortauñas. Cuando tuvo la distancia medida, hizo clic. Un hilillo rojo comenzó a manarle. Escupió al lavabo y se enjuagó la boca sin evitar el gusto mineral de la sangre. Lo que hasta hace unos momentos era parte de su cuerpo yacía como un batracio inanimado entre las dos hojas del

artefacto. Lo contempló unos segundos antes de sacudirlo sobre el excusado, en donde nadó hacia el fondo como un ajolote diminuto.

Volvió al espejo. Quico esperaba. Con el jabón hizo un poco de espuma que se colocó sobre el pómulo sobresaliente. Todavía con la mano recorriendo la zona, su vista se clavó en la de Adrián. Sin despegarle los ojos de encima embarró una pequeña brocha hasta sacar espuma y se la untó sobre el rostro. Abrió la navaja de afeitar. Se la puso al cuello en un ángulo de 45° y comenzó a delinear el perímetro de la cara.

Después hizo a un lado la cortina de plástico blanco. Por costumbre hizo girar la llave del agua caliente. Se desvistió como si su ropa estuviera confeccionada en papel de china y decidió abrir la fría a todo lo que daba. Tomó aire y lo soltó de golpe al pararse bajo el chorro. Una sílaba disecada se le escapó de los labios. Se quedó quieto unos momentos, sintiendo cómo el agua empezaba a disolver la costra que le cubría la nuca. Comenzó a restregarse el tórax y los brazos con cuidado hasta generar un poco de calor. Después tomó la botella de champú, derramó un poco sobre su mano izquierda y se lo aplicó en la cabeza. Se talló con tanta suavidad que parecía no querer despeinarse. La espuma adquirió una tonalidad rosácea. Cuando acabó dejó que el agua se la quitara. Luego abrió la otra llave y sintió el cambio de temperatura en el agua. Tomó el jabón y se lo pasó por el cuerpo, salvo por el lado derecho de las costillas. Dejó que el agua caliente lo enjuagara y permaneció bajo el chorro durante varios minutos.

Se secó con suavidad y puso la toalla contra la nuca. Aunque ya no sangraba, el dolor de cabeza seguía sobre de él como si le hincara los dientes sobre las sienes, presionando sin morder. Quitó el vapor que cubría el espejo.

—Pinche Quico, ¿sigues ahí?

Salió a la estancia que agrupaba sala y comedor. Se sentó un momento en el mismo sillón donde había pernoctado, el único lugar que se veía libre de la invasión. Aparte de la sala escuálida y la mesa del comedor con una sola silla, los únicos muebles eran anaqueles de pino saturados, que se recargaban contra los muros. Papel en diversos formatos se desperdigaba sobre toda superficie horizontal. Las repisas, los cojines, la mesa e incluso la alfombra café que llevaba meses sin aspirar estaban cubiertos con revistas, libros, cuadernillos y fotocopias al lado de plumas sin tapa.

La pared era una superficie desnuda y blanca excepto por una gráfica donde Adrián comparaba el progreso de sus experimentos. Se levantó y tomó el plumón rojo que utilizaba para trazar los avances de la línea quebrada. Dudó un segundo. Después de lo que había sucedido ayer sabía que la siguiente línea en la gráfica saltaría del pizarrón a la pared, pero no estaba seguro si tocaba ir hacia arriba o hacia abajo. Indeciso, interrumpió la línea con un signo de exclamación.

Puso café. Cargado para él que lo tomaba cargado. Abrió el refrigerador. Tuvo la escalofriante certeza de que había algo vivo ahí adentro y no precisamente por lo fresco. Tomó el envase de yogurt con cuidado, precaviendo un ataque repentino.

—Caducidad 16 de agosto —miró los taches sobre el calendario y anotó uno nuevo—. Y estamos a 13 de septiembre. ¿Fuiste tú lo que se movió? —le preguntó al yogurt con suspicacia y lo arrojó al bote de basura. La principal diferencia entre éste y el refrigerador era que uno estaba un poco más frío—. Si me descuido me forman un Sindicato —cerró la puerta lentamente. Tuvo la certeza de que una lechuga lo miraba amenazadora.

Sorbió el café. A cambio recibió una agrura que casi lo hace perder el equilibrio. Decidió reconciliarse con un trago de Melox que fue a buscar al botiquín del baño. Quico lo esperaba con una mirada de desdén. Adrián se la sostuvo y en venganza lo dejó atrapado tras el espejo abierto después de sacar el Melox.

Destapó el frasco, le dio un trago y luego agregó lo que calculó como dos cucharadas al café. Revolvió con el mango de su cepillo de dientes. Aprovechó para tomar dos aspirinas. Se paseó por la sala y cuando terminó el café regresó a la cocina para dejar la taza en la cúspide del fregadero. Miró por el resquicio de la ventana que sobresalía al montón de platos sucios. Su ojo izquierdo estaba mucho mejor. Creyó ver una sombra moverse sobre la banqueta. Trató de distinguir qué era. Cuando la cola de la rata desapareció tras las rendijas de la coladera, como si la alcantarilla sorbiera un fideo malsano, lo asaltó el recuerdo que había estado evadiendo.

Abrió el clóset de prisa. De la hilera que apilaba varias camisas bien dobladas tomó una y su gorra azul para disimular la hinchazón del pómulo. Recogió su gabán y como todos los días antes de salir, primero se asomó por la ventana escrutando la calle. Luego revisó la mirilla de la puerta, comprobó que no hubiera nadie y la abrió de golpe, unos cinco centímetros, para volverla a cerrar. Volvió a atisbar, confirmó que el camino siguiera despejado y salió corriendo hacia su coche. Su llavero, que simulaba una esfera de espejos de discoteca, se le zafó de los dedos y cayó por el cubo de la escalera reflejando decenas de Adrianes que bajaban a trompicones los peldaños.

Tan pronto traspasó las puertas giratorias del Instituto, sintió que la recepcionista lo miraba con su acostumbrada suma de apetito ninfomaniaco y odio profundo, pero con más de esto último brillándole en la sonrisa encendida.

—Buenas, Herlinda —dijo al pasar junto a ella como si tanteara la contraseña de la que dependía su acceso.

—¿A dónde? —lo detuvo. La contraseña estaba equivocada. Sus ojos se le incrustaban en el pómulo tumefacto. Le pareció que Herli se relamía brevemente antes de seguir. Dictó su sentencia como si no hubiera comido en días y ordenara su plato favorito—. Carrillo mandó decir que quería verlo en cuanto llegara. Le estuvieron hablando.

—Me lo imaginaba —suspiró Adrián—. Nada más voy a dejar mis cosas a mi cubículo y...

—Es urgente. Es por lo de ayer en el laboratorio y si no va directamente se le negará el acceso al Instituto.

Adrián no alegó más. Se enfiló hacia la escalera que conducía a la oficina del secretario. Al ascender los primeros diez escalones y salir de la escolta visual de la recepcionista se sintió un poco más ligero, pero tan pronto llegó al primer piso se enfrentó a las secretarias de Carrillo. Lo miraron al mismo tiempo y Adrián quedó encañonado por tres pares de ojos. Siguió avanzando hasta llegar con la que estaba en medio y tejía una chambrita.

—Buenas tardes, Clotilde, vengo a ver al secretario.

—Siéntese, voy a ver si puede atenderlo —le respondió.

Adrián obedeció. Si le hubieran indicado saltar por la ventana se hubiera sentido más cómodo. Las tres se turnaban para mantenerlo en la mira y de paso le visitaban el pómulo, golosas. El único sonido era el

monótono tecleto sobre una computadora junto con el cruzar y descruzar de las agujas de tejer. El teléfono sonó un par de veces. Las llamadas eran atendidas con sequedad.

—Si tiene la agenda demasiado ocupada para recibirme, no hay problema, vuelvo otro día.

El encañonamiento simultáneo de sus pupilas lo silenció y sumió en su asiento, inerte. Sonó el teléfono interno. Como si regresara el carrete de una máquina de escribir, Clotilde pasó la lengua despacio sobre el labio superior que relució aún más al anunciarle:

—Es el señor secretario. Que pase.

—Si alguien los hubiera metido en una licuadora el resultado no hubiese sido muy distinto. Su explicación no aclara nada y de acuerdo con los estatutos usted incurrió en una irresponsabilidad patrimonial. Esos animales eran sumamente costosos. Vamos a investigar esto a fondo para ver hasta dónde hay que sancionarlo. Mientras tanto, los fondos para su proyecto quedan suspendidos —sentenció Horacio Carrillo.

—¿Suspendidos? —coreó Adrián con un eco incrédulo. Su manzana de Adán subió y bajó pasando saliva acre—. ¿Cómo suspendidos si ya me los recortaron a principio de año? ¿Cómo espera que siga con mi investigación? —Con los recortes presupuestales previos no sólo se había quedado sin fondos para adquirir nuevos especímenes, ni siquiera eran suficientes para mantener a los actuales. Él mismo financiaba la dieta que Fran se encargaba de prepararles, desembolso que le apretaba las quincenas—.

—Precisamente —instó el secretario—, por eso lo mandé llamar. Ahora tiene que mostrar mayor interés en recabar fondos externos al Instituto, algo por lo que siempre ha mostrado desdén —Rólex, como lo apodaba Adrián, ojeó el abultado informe que tenía ante sí con desprecio—. Y la verdad, doctor Ustoria, esto tan raro que estudia usted no es muy atractivo, así que tendrá que trabajar duro. O, como se lo vengo sugiriendo desde que estoy por aquí, cambiar su línea de investigación por algo más rentable.

Hizo desaparecer el respaldo de su sillón de cuero negro con la envergadura de su espalda y sonrió. Siempre sonreía, pero su sonrisa brillaba más cuando la usaba para despedir a alguien o para anunciar que tal partida estaba agotada. Aunque nunca había dinero en el Instituto, a él los anillos de oro le seguían floreciendo en los dedos.

El nuevo reloj sobre su muñeca casi competía con su dentadura. Ésta relució amarilla de nicotina bajo el bigote del mismo tono castaño que el pelo, recortado en forma cuadrada, a longitud militar. Los dientes y el oro contrastaban con sus trajes gris oscuro, que usaba con una camisa del mismo color y corbatas claras. A su alrededor se esparcía el aroma seco de su loción. Era tan penetrante que parecía usarla con el propósito de marcar territorio.

Al igual que en los últimos años, Adrián no hizo caso alguno al comentario. Extrañaba al Dr. Morán, el antiguo director, casi con rabia. Después de la embolia, Rólex se había abalanzado sobre la dirección interina y desde entonces ocupaba ambas plazas.

—Si espera que los investigadores nos dediquemos a relaciones públicas, ¿cómo quieren que avancemos en nuestros proyectos?

—La ciencia siempre ha atraído inversores —aseguró Rólex, que todavía debía materias en Contaduría—, ya sea por interés en el progreso o por interés económico. Si en vez de estar ensuciando laboratorios usted se dedicara a algo más productivo, seguramente encontraría apoyo. No olvide que se encuentra en un instituto de primer orden a nivel mundial, doctor. Aquí no podemos tolerar la mediocridad en ningún aspecto.

—¿Es todo lo que me tenía que decir? —preguntó Adrián sofocando el calor que le burbujeaba en las entrañas.

—No acostumbramos meternos en la vida privada de la gente que trabaja aquí, por eso no voy a preguntarle por qué hoy su presencia es algo más turbia que de costumbre, pero una cosa más en lo que a mí respecta, doctor Ustoria —dijo Rólex—. Recuerde que para fin de año necesita entregar sus resultados y si no califica suficientes puntos, ya sabe lo que corresponde —la sonrisa se quedó encendida, como si Rólex estuviera haciendo un *casting* para un anuncio de pasta dental—. La gente de intendencia no ha limpiado el laboratorio. Pensamos que no querría que nadie alterara sus resultados. Hasta luego.

Adrián se levantó y se encaminó a la puerta. El súbito incremento de luz a sus espaldas le dio la certeza de que la sonrisa de Rólex resplandecía a su máxima intensidad. Trató de ignorar la morbosidad lasciva con que las tres secretarías lo aguardaban. Cloti lo miró fijamente. Le estiró a su compañera el estambre que tenía entre las manos, que ésta cortó con sus tijeras como inaugurando oficialmente la carcajada en que prorrumpieron a un tiempo, y que siguió a Adrián mordiéndole las orejas por los pasillos del Instituto.

Había decidido pasar primero al laboratorio, pero cuando llegó frente a la puerta se paró en seco. Sostuvo la mano estirada a unos centímetros de la manija, moviendo levemente los dedos. Algo le impedía entrar. El dolor de cabeza se había abalanzado sobre su cráneo con mayor fuerza. Esta vez sintió que además se le enrollaba alrededor del cuello, y le exhalaba una sensación caliente sobre la cara que no lo dejaba respirar. Contrajo la mano y decidió buscar a Malula.

Subió por las escaleras pateando el borde de los peldaños con rapidez y el dolor se alejó, pero siguió rondándole los pasos de cerca. Llegó al siguiente piso y dobló a la derecha. Adrián sentía una mezcla de miedo y alegría por la variable introducida el día previo. Aunque catastrófico, el resultado era definitivo. Sabía que le pisaba la cola a algo grande, pero desconocía su magnitud; algo presentía, pero aún no tenía idea de que estaba ante la pista que lo conduciría hasta mí.

Pasó por las ventanas que daban a la cafetería. Estaba ubicada en el piso de abajo por lo que el techo era altísimo. Que ocupara dos niveles del Instituto le parecía a Adrián una necesidad, un desperdicio de espacio. Se asomó por uno de los vidrios. Como de costumbre a últimas fechas, estaba desierta. Las lámparas circulares que pendían del techo por un cable largo escanciaban una luz puntual sobre las mesas vacías. Sólo había máquinas de bebidas y de comida chatarra, pero ni siquiera ofreciendo comida caliente se le hubiera quitado ese aire de cafetería de hospital a las tres de la mañana.

Continuó por el pasillo angosto, blanco y con una larga hilera de puertas a derecha e izquierda, idénticas salvo por el número en la pequeña placa de formica. Pasó cinco puertas y se situó frente a la sexta, que decía “101. Dra. M. Maldonado”. Dudó un segundo. Habría entrado como

siempre sin tocar, pero tal vez seguía enojada por su lance del día anterior. Como fuera, si no se lo comentaba reventaría. Tocó dos veces. Aun sin respuesta, abrió. Como lo suponía, recorría la pantalla de su computadora con la mirada perdida.

—Ahorita te atiendo. Nada más termino de checar mi correo —le dijo sin volverse a verlo y usando el ratón para pasar al siguiente mensaje. Adrián creyó notar cierta indiferencia afectada en su respuesta; no estuvo seguro, a fin de cuentas Malula siempre le marcaba distancia.

—Si le dedicaras el mismo tiempo a tu proyecto que a esa madre ya hubieras descubierto una vacuna antiviral.q

—No seas latoso.

—Y tú no seas perdida en el espacio. Date una vuelta y si escuchas algo que te despierte la curiosidad, te espero en mi oficina.

Una vez en su cubículo se quitó el gabán y la gorra. Los colocó en el perchero del que colgaban varias batas y se abrochó una. Su oficina era una copia al carbón de su departamento, con libros y revistas desordenados sobre toda superficie que pudiera contenerlos. El único adorno era un póster enmarcado de Charles Darwin que le cuidaba las espaldas a Adrián cuando se sentaba a pasar los resultados de sus experimentos. El contraste con el blanco de las paredes dibujaba alrededor del cuadro un aura sacra. Por primera vez en mucho tiempo le sostuvo la mirada al retrato con orgullo, casi con camaradería.

Decidió marcarle a Fran para pedirle algo tan fuera de los común que el técnico animalero tuvo que preguntar dos veces. Después de colgar, tomó la esfera de espejitos con la mano izquierda y con la derecha la

pequeña llave del cajón. Sacó su bitácora con un aire ceremonioso. Colocó el cuaderno sobre su escritorio. Además de las fotografías, tablas e impresiones que caracterizan semejantes memorias de investigación, la letra menuda de Adrián cubría la mayoría de las páginas. No sólo consignaba los hechos estudiados en el laboratorio, también le confiaba observaciones personales. Sobre todo en los largos ratos de tedio que se veía obligado a pasar frente a la jaula sin que sucediera nada; le fastidiaba no contar con fondos para contratar ayudantes.

Al hojear las últimas entradas se sonrojó un poco. Después releyó las anotaciones que había dejado a la mitad la noche anterior, y que terminaban antes de que el experimento empezara de verdad:

Voy a acercarme más.

Apretó la pluma entre los dedos y comenzó a garabatear:

13 de septiembre

Al escribir las líneas anteriores presentía que a partir del cambio químico que les suministré los resultados serían diferentes, pero nunca imaginé a qué grado. Cuando estaba a unos centímetros de la malla metálica quedaron frente a frente. Sigo con la impresión de que todo se disparó mientras parpadeaba, pues en mi siguiente recuerdo ya estaban uno sobre el otro, buscándose la yugular con los dientes, aporreándose la

cabeza y tirando de lo que podían agarrar, aullando como si les hubieran derramado un frasco de ácido encima.

Simón trataba de asir el cuello de Vicenta con las dos manos, pero ella logró zafarse y lanzó la cabeza al frente para morder el hocico del macho, quien chilló más alto que antes. Logró liberarse de la presión afilada que se ceñía sobre su rostro sangrante, y respondió con una dentellada entre la cabeza y el músculo trapecoidal de Vicenta. No atinó a la yugular, pero la hembra aulló sangrando abundantemente por la herida y saltó por la jaula intentando alejarse, mientras Simón escupía el trozo de piel que le había arrancado, preparándose para atacar de nuevo.

En parte porque la debilidad no le permitió seguir huyendo y en parte como reflejo defensivo, Vicenta dio media vuelta y se precipitó hacia la caja torácica de Simón, pero le fallaron las fuerzas y aterrizó la mandíbula en el abdomen. La mordida penetró hasta las raíces de los dientes, creando una pequeña explosión de sangre y sustancias más viscosas, seguida por otra tarascada semejante que mascó los intestinos con profundidad considerable.

Con lo que fue su último impulso, Simón se dobló con las mandíbulas abiertas y las trabó sobre la parte inferior de la nuca de Vicenta, quebrándole el nacimiento de la espina dorsal. Quedaron inmóviles, recargados mutuamente en una escultura feroz que el espejo salpicado reflejaba.

Malula abrió la puerta y encontró a Adrián sentado frente a su escritorio, escribiendo.

—A ver, Pecosa, después de tanto dinero gastado en tu educación, ¿nadie te enseñó a tocar la puerta antes de entrar? —reprendió Adrián sin levantar la vista. Soltó la pluma y echó el cuaderno en el cajón. Le indicó con la nariz la silla frente a él. Tomó una botella de vidrio que tenía al lado y vació un chorrillo del contenido claro en su taza de café, que revolvió con un movimiento circular de la muñeca.

—No me digas “Pecosa”, sabes que lo odio —antes de cerrar la puerta se asomó para asegurarse de que nadie la veía entrar—. ¿Y cómo supiste que era yo? —preguntó sentándose.

—¿Quién más podía ser? Tú no le hablas a nadie del Instituto y a mí no me habla nadie más que tú. Y lo pecosa no se te quita ni fregándote con esto. Salud —dijo, levantando la taza y su contenido en el que se agitaba un pequeño remolino.

Te traje los correos que te dije ayer —dijo colocando las hojas de papel sobre el escritorio que los separaba.

Tomó los correos sin mirarlos, extrajo su cuaderno y los intercaló entre las hojas. Notó la curiosidad con que Malula contemplaba su bitácora mientras sacaba una cajetilla de cigarros y un encendedor de piedra. Adrián la devolvió al cajón y la encerró con llave.

—¿Qué no habías dejado de fumar? —dijo estirándose sobre el escritorio para arrebatarse el encendedor, cuya flama se acercaba al extremo del tabaco y bailoteaba reflejada en sus ojos.

—Más o menos, pero ahorita no estoy de humor. Y dame el encendedor que es un regalo de Richo.

—Menos te lo doy.

Malula se quitó el cigarro de los labios y lo aventó al basurero. Por primera vez se fijó en el pómulo herido.

—¿Qué te pasó? No estabas así cuando entraste a mi cubículo.

—¿Ves cómo esa madre te chupa el cerebro?

—Sólo porque tú eres medio retrógrado no quiere decir que el resto del mundo deba alejarse de las computadoras —leyó la etiqueta de la botella. Y lo que te va a chupar el cerebro es esa porquería que estás tomando. ¿Y tú desde cuándo, Adrián?. Si tú no bebes. No fumas, no comes, no duermes, no nada. A veces dudo que estés vivo. En las prácticas de campo de la carrera había que forzarte a tomar un rompopo.

—Porque no me invitaban.

—Porque eras el asistente de Morán y te fascinaba hacerte el genio incomprendido. ¿De dónde sacaste eso?

—Es un preparado especial de Fran. Para celebrar. Etanol puro al 70% para ser mejor asimilado. Mira, hasta me prestó una anforita —dijo Adrián mientras mostraba un recipiente de metal aplanado en curva.

—Celebrar qué, si ya me enteré que tienes el presupuesto amenazado.

—¿Amenazado? Ya me lo suspendieron.

—Y entonces, ¿qué vas a hacer? Con el recorte anterior ya no pudiste comprar más animales. Y los últimos que tenías...

Adrián dio un trago profundo. Luego, de un cajón sacó unos Sugus de uva que ella declinó y se llevó dos a la boca. Malula lo miraba con insistencia.

—Y en el ojo, qué te pasó. Estás igualito a Quico, pero mariguano. Ve nomás qué ojos traes.

—Qué chistosa. Pues a ti no necesitan asaltarte para que te parezcas a la Chilindrina.

—¿Te asaltaron? Ay, Adrián, a la mejor ayer te echamos la sal por hablar de eso. Mejor ni me cuentes, me da miedo.

Adrián aprovechó que Malula se entretenía en su pómulo para mirarle los ojos que en ese momento le brillaban con un turquesa claro. Sus facciones y su carácter le daban un aire de malicia sonrisueña. Parecía haber surgido de una imaginación infantil que asimilara a la princesa y a su madrastra bruja.

Los ojos, ligeramente rasgados, alternaban combinaciones caprichosas de verde y gris según su estado de ánimo. Las cejas que se alargaban sobre ellos le permitían sonreír o fulminar a alguien con tan sólo enarcarlas. En las mejillas se le esparcía un reguero de lunares diminutos que parecían sincronizarse con el color de sus iris y de un pequeño brillante que sobre la aleta izquierda de la nariz le destellaba tanto como la mirada.

Su pelo era de un negro que al descansar contra la bata irradiaba reflejos azulados. Un mechón ingobernable le bailaba frente a los ojos, sin que ella hiciera el menor esfuerzo por ponerlo en orden con el resto, que se amarraba en una trenza lacia y ceñida; cuando analizaba muestras en el microscopio ésta se le deslizaba a un lado y le dejaba al descubierto el nacimiento de la espalda, donde la primera vértebra sobresalía apenas, como una perla oculta y sin pulir.

Tan blanca era su piel que palidecía bajo el algodón de la bata, que la seguía al caminar como una cauda. A menor distancia la acompañaba el vaivén de su trenza y todavía más de cerca Adrián, observándola hasta perderla de vista cada vez que tenía oportunidad.

Ahora ella le escudriñaba los ojos, inquisitiva.

—Vamos al laboratorio —se adelantó Adrián.

Al acercarse por el corredor se toparon con Nava y Filemón que salían por la puerta a la que ellos se dirigían.

—¿Qué hacen aquí? —les preguntó Adrián—. Carrillo dijo que no iban a tocar nada —Se sintió incómodo. No era nada más porque no le quitaran los ojos del pómulo hinchado. Era la desconfianza que le provocaban los del Sindicato cuando se acercaban a sus experimentos. Siempre interferían.

—Si no tocamos nada, doc, sólo vinimos a inventariar los daños —respondió Filemón.

—¿Y dónde está la lista?

—Justo se nos olvidó. Vamos a tener que regresar al rato —dijo Nava.

—Pero Carrillo giró instrucciones de que no lo dejáramos a solas aquí adentro, doc —agregó Filemón.

—No sean así, ya saben que Adrián es medio rarito, pero no es mala gente —intervino Malula sonriendo.

Filemón y Nava la miraron un segundo, relamiéndose, y luego se miraron entre ellos. Adrián se llevó la mano al ojo izquierdo y oprimió con suavidad el párpado. Le pareció que no veía bien los colores, pues la sonrisa les relucía.

—Bueno, pus les damos chance —concedió Nava.

—Y no nos mire feo, doc, sólo porque aquí la doctora sí sabe pedir las cosas bonito.

Adrián juntó suficiente sangre fría para tragarse el nudo de imprecaciones que estuvo a punto de brincarle por la garganta. Tenía que preguntarles.

—¿Vieron algo que pueda ser una pista?

—¿Pista? Se supone que usted es el investigador, ¿no? Pus averígüelo.

—Uy, se ve que todavía anda muy tibio. Pero la verdad, no esperábamos más de usted, doc.

Ambos se alejaron por el pasillo entre risotadas de hiena que les estallaban de los labios colorados.

Apenas habían cruzado el umbral de la puerta Malula giró la cara y se puso muy rígida.

—Esto es horrible. Sácame de aquí.

El resplandor cromado de los instrumentos y algunos muebles parecía fundirse en un mismo tono con la pintura blanca que cubría techo, piso y paredes. Era difícil saber con qué contrastaba más, si con el rojo oscuro que emanaba del centro del laboratorio o con el olor putrefacto que comenzaba a inundar el recinto. El suelo e inclusive el techo habían sido salpicados. En el piso el ir y venir de pisadas daba la impresión de huellas digitales en la escena de un crimen violento. Algunas habían pasado sobre la bata de Adrián, que se asomaba fantasmal desde un rincón. La mesa de trabajo estaba cubierta por una capa semicoagulada y bermellona. Encima, contra la malla de la jaula, yacían irreconocibles. Algunos jirones de carne permanecían sobre los huesos, la mayoría fuera de lugar. Simón y Vicenta, hechos pedazos, se sostenían apenas uno sobre otro.